



EL MEJOR PALACIO.

TRADICION.

I.

En medio de la vega de Leon, en la orilla derecha del rio Esla, que presta sus aguas á una infinidad de molinos, hay una pequeña aldea, cuya posicion, por más pintoresca que sea, hace en extremo perjudicial su estancia en ella.

Rodeada de pantanos por todas partes, los rayos del sol en el estío hacen que se desprendan emanaciones deletéreas que, enrareciendo la atmósfera, tienen el país verdaderamente infestado de calenturas, que llaman *fiebre maligna* en aquella localidad.

La aldea á que me refiero es especialmente la más castigada por aquel terrible azote, aunque en la actualidad no tanto como en otra época, por

haberse desecado alguno de los pantanos de su término.

Lo único que llama allí la atención es un edificio de piedra, de arquitectura greco-romana, destinado á hospital, y cuya parte interior es notable por la capacidad de sus salas, buena ventilacion y demas condiciones necesarias para el objeto.

II.

Hace unos cincuenta años el hospital no existia, y los aldeanos pobres que enfermaban no tenían más recurso que morir en medio de la calle.

Un dia el señor cura de la única iglesia de la aldea recibió una consignacion en papel del Estado, un plano del edificio y el encargo de

empezar inmediatamente la obra.

Lo que más llamó la atención fué que la carta estuviese firmada por Juan Rodriguez.

Habéis de saber que este Juan Rodriguez pertenecía á una de las familias más pobres de la aldea.

A la edad de diez años habia salido de allí, y desde entonces nadie volvió á tener noticias suyas.

Ya veis, pues, si con justicia el señor cura y los vecinos del pueblo quedarian admirados al ver que aquel mendigo, que salió del pueblo casi sin zapatos, dispusiera de cuantiosas sumas, que destinaba á tan benéfico y laudable objeto.

III.

Juan Rodriguez, no obstante su poca edad y el tener que luchar con los peligros de que se ven rodeados los jóvenes en Madrid, se dedicó á trabajar con ahinco á fin de crearse una modesta posición que le permitiera pasar en su aldea una vejez tranquila y dichosa.

Como sus propósitos eran buenos, Dios le ayudó en su empresa, pues su espíritu no se aparta de los que creen en Él y le invocan en todas las oraciones de la vida.

Juan era un muchacho de costumbres morigeradas, de ideas juiciosas y sanos pensamientos.

Entró en una casa de comercio, donde á fuerza de trabajo y probidad fué ganando poco á poco los primeros puestos.

Su principal le apreciaba en vista de las buenas cualidades que adornaban al joven, y éste se dió tan buena traza, que á los doce años ya tenía una parte en las utilidades de la casa.

Por último, á la muerte de su principal, que no tenía familia, se encontró heredero de una gran fortuna, que hacía variar completamente su posición.

IV.

Al verse dueño de tanto dinero, él, el mendigo de la aldea, tuvo una especie de vértigo de ambición y orgullo.

Se le figuró que debía imponerse á sus inferiores, gastar un tren en armonía con su riqueza, construir un magnífico palacio en su pueblo, sólo por humillar á sus paisanos, y ser, en fin, uno de tantos como pululan en la corte, que, enriquecidos de repente, insultan luego á los demás con su vanidad.

Pero ya hemos dicho que Rodriguez tenía un excelente corazón, y antes de entregarse á una vida de disipación y vanidad, reflexionó detenidamente sobre sus planes, y por más que encontró su porvenir muy agradable, no se hallaba completamente satisfecho de sí mismo, y una lucha amarga se entabló entre sus generosos sentimientos y sus ideas de orgullo y ambición.

Por de pronto triunfaron éstas, es decir, triunfó el genio del mal.

La construcción del palacio que habia pensado erigir en la aldea absorbía por completo su atención. Al

efecto salió una mañana en busca de un afamado arquitecto que se encargara del proyecto; pero al pasar por una iglesia vió que sacaban un lujoso ataúd.

Aquella leccion le abrió los ojos.

Juan vió que entre las cuatro tablas de un féretro concluyen todas las pompas y vanidades del mundo.

Entónces pensó en su origen y en su aldea, donde espiraban los pobres aldeanos, víctimas de la fiebre, sin el recurso de un buen hospital.

Inmediatamente concibió el pro-

yecto de que ya tienen conocimiento mis lectores.

El hospital se hizo, dirigido por el señor cura, y el dia que se inauguró entró Juan Rodriguez en la aldea, recibiendo las bendiciones de todos, más orgulloso con la alegría de aquellas buenas gentes que con la adulacion y la mentira de los que se llamaban sus amigos porque le veian dueño de una inmensa fortuna, y contento sobre todo por haberse vencido á sí mismo construyendo en la aldea que le vió nacer el *mejor palacio*.

RICARDO SALAÚS.

RECUERDOS DE UN COSACO.

Un viajero frances que recorria últimamente los *steppes* (1), entre el mar Caspio y el mar Negro, llevaba por guía á un viejo cosaco, cuya barba blanca y el rostro lleno de cicatrices revelaban que habia tomado parte en algunas batallas: con efecto, tenía en su cara aquel sello de los caballeros asiáticos, que atravesando la Europa en seguimiento de la retaguardia francesa, llegaron á acampar en los sitios pintorescos de aquellos jardines.

—Hola, le dijo el viajero, ¿habeis visto muchos pueblos? Teniais un gran ejército, teniais muchos compañeros de armas. ¿Dónde está tanta gente como presentabais en los campos de batalla? ¿De cuáles os

acordais con más gusto?... ¿De los prusianos?

—¡Oh, no! dijo el viejo cosaco, moviendo la cabeza.

—¿De vuestros compatriotas, los soldados rusos?

—No, no...

—Entónces os acordaréis de los austriacos.

—Los quiero ménos que á los turcos.

—¿Entónces de quién os acordais más? insistió el viajero.

—¡Ah! exclamó el cosaco, de los húsares franceses: jamas los olvidaré... Cuando estábamos en Alemania, en las avanzadas, por la mañana temprano, hacía un frio tan grande... Los húsares llegaban adonde estábamos nosotros al salir el sol. «Hola, cosacos, venid por aquí»,

(1) Nombre que se da á las llanuras de Rusia.

nos decian, y nos daban un trago de aguardiente. En seguida volviamos á nuestros puestos, y al cuarto de hora sonaba el clarin y comenzábamnos á tirotearnos.

Este recuerdo honra el carácter del viejo cosaco, y no me admira verle religiosamente encerrado en su corazon, errante ahora, tan léjos de Francia y de sus húsares, en la soledad salvaje de la *steppe*. Hé aquí la guerra tal como la sienten los soldados civilizados, y en nuestra última guerra civil se citan muchos de estos ejemplos entre los partidarios de don Carlos y los soldados liberales. Nada de ferocidad, ningun ódio ciego contra los individuos, único sosten del valor de los bárbaros.

Defender, sostener el honor de un partido es á lo que se limita toda la pasion de un soldado de nuestro siglo; de este modo permanece digno y elevado, sin que nada le oscurezca ni le deshonne. Se combate al enemigo porque está enfrente, porque se opone, porque amenaza y porque

es menester que al fin se decida la suerte de la guerra; y no se olvida por eso que el enemigo es hombre, á quien no debemos aborrecer á un punto tan extremado. Se aborrece la bandera contraria, porque se ve, porque señala la hostilidad; no se aborrece á la persona, porque no se la conoce, y porque en el fondo el sentimiento de la fraternidad subsiste secretamente en los corazones generosos hasta en medio de la desolacion y el exterminio. ¡Cuántos ejemplos no hemos visto en nuestra última campaña de heridos que han pasado al poder de las filas contrarias y que han llegado á ser amigos al mismo tiempo que desarmados!

De este género de anécdotas se encuentran tambien muchos ejemplos en nuestro romancero y en muchos pasajes históricos de nuestras largas luchas contra los moros. La Edad Media, en fin, es un manantial inagotable de estos rasgos generosos y caballerescos.



EL VELLOCINO DE ORO.

(Continuacion.)

Despues la voz se confundió con el murmullo del follaje, y se extinguió gradualmente. Cuando volvió á reinar el silencio Jason comenzó á pensar si realmente habia oido aquellas palabras, ó si era todo una ilusion fascinadora.

Pero hechas las correspondientes averiguaciones entre los habitantes de Yolchos, supo que realmente existia en la ciudad un hombre llamado Argos, que era habilísimo constructor de buques. El árbol poseia, pues, cierto entendimiento, pues no siendo así no hubiera podido conocer la existencia de aquel hombre. Instado éste por Jason, consintió en construirle una galera, capaz de contener cincuenta vigorosos remeros, bien que nunca se habia visto en el mundo un buque de tanta fuerza y tanta solidez. El maestro y todos los oficiales y aprendices se pusieron á trabajar con extraordinaria actividad, y al cabo de algun tiempo el buque estuvo en disposicion de ser botado al agua. Como el árbol parlante le habia dado tan buenos consejos, Jason pensó que sería conveniente volver á consultarle. Allá fué otra vez, y le hizo algunas preguntas sobre lo que debia hacer, teniendo ya el buque listo.

Esta vez no hubo ya entre las ho-

jas tan general agitacion, pero algunos instantes despues de hecha la pregunta Jason observó que el follaje de una hermosa rama se movia mucho, como si el viento la hubiese elegido para sacudirla, miéntras el resto del ramaje estaba completamente inmóvil.

«Córtame, córtame, dijo la rama, y dame la forma de una cabeza para adornar la galera.»

Jason cortó inmediatamente la rama, y se dirigió á un acreditado escultor de la ciudad para que hiciera el trabajo. Era un hábil artista que habia hecho ya de madera muchas figuras de mujeres como las que vemos en la proa de los buques, con los ojos tan hermosos, tan abiertos, que nunca los cierran aunque las cubran las olas espumosas. Pero por un extraño fenómeno el artista reconoció que un poder invisible guiaba su mano, y que habia ejecutado tan difícil y delicado trabajo con una perfeccion de que él mismo, que conocia sus fuerzas, se consideraba incapaz.

Una vez terminado el busto representaba una bella y graciosa mujer, cubierta la cabeza con un casco, por debajo del cual salian largas trenzas de hermosos cabellos que caian sobre los hombros. En su brazo izquierdo

tenía un escudo, en el centro del cual se veía primorosamente esculpida una cabeza de Medusa rodeada de serpientes. El brazo derecho estaba en actitud de señalar á algun sitio. Los rasgos de la fisonomía, sin expresar el mandato ó la cólera, ofrecían un tipo grave y majestuoso, que podia ser el de la digna severidad. Parecía que la boca estaba á punto de abrirse y pronunciar algunas sentencias de alta sabiduría.

Jason, encantado con su bella figura, no dejó en paz al escultor hasta que la hubo dado el último toque y colocado en el sitio del buque destinado desde entónces hasta nuestros dias á lo que se llama el mascarón de proa.

— Ahora, se dijo el bueno de Jason, tengo que volver á consultar al árbol sobre lo que debo hacer.

— No necesitas tomarte esa molestia, dijo una voz que, aunque no tan sonora, le recordó los acentos del árbol misterioso. Cuando quieras un buen consejo, con entera franqueza me lo puedes pedir.

Jason fijó sus miradas en la cara de la figura en el momento de oír aquellas palabras, y apenas podia creer á sus oídos ni á sus ojos. La verdad era que los labios de la estatua se habian movido, y que la voz salía de aquella boca tan bien hecha por el escultor.

Repuesto de su sorpresa, recordó que la estatua habia sido hecha de una rama del árbol parlante, y por consiguiente no era cosa de maravillarse, sino la más natural del mun-

do que la figura poseyera el dón de la palabra. En todo la suerte le favorecía grandemente, y para colmo de bienes ponía á su disposicion un consejero sabio y prudente, inspirándole en un viaje largo y peligroso.

— Dime, profética figura, dijo Jason, puesto que participas de la ciencia del árbol parlante de Dodona, de quien eres hija, dime dónde podria yo encontrar cincuenta jóvenes valientes que quisieran tomar cada uno un remo de mi galera. Es preciso que tengan brazo vigoroso, bravura bastante para afrontar todos los peligros de mi empresa, y me sean completamente adictos para llevar á cabo mi empresa de conquistar el Vellochino de oro.

— Debes ir á hacer un llamamiento á todos los héroes de la Grecia, dijo la estatua.

Considerada la importancia de la expedicion, ¿podia darse á Jason un consejo de más alta prudencia?

Sin perder tiempo envió mensajeros á todos los pueblos de aquel glorioso país, para publicar que el hijo y heredero de Eson iba á embarcarse con objeto de ir á apoderarse del Vellochino de oro, y deseaba el auxilio de cuarenta y nueve de los más valientes y más fuertes para remar con él y compartir las glorias y los peligros, porque Jason contaba ser el que completára el número de cincuenta.

La noticia conmovió á los más valientes del país, entre los cuales habia algunos que habian combatido con los gigantes y vencido á tremen-

dos dragones. Los más jóvenes, nuevos aún en la noble carrera de las armas, estaban ya impacientes por cabalgar sobre una serpiente alada y habérselas con un escuadrón de negros y gigantes, ó luchar con los leones y los tigres más feroces. Aprovechando la buena ocasión que se les presentaba, y seducidos por la halagüeña perspectiva de ser los héroes de las más extrañas y maravillosas aventuras, se apresuraron á proveerse de cascos y escudos, y armados de punta en blanco fueron llegando por grupos á Yolchos y se embarcaron en la galera. Después de haber estrechado afectuosamente las manos de Jason le aseguraron que á todo estaban decididos y le ayudarían en su peligroso viaje hasta los más apartados confines del mundo, y mucho más lejos aún si ésta era su voluntad.

Muchos de aquellos valientes debían su primera educación á Chiron, el sabio de cuatro piés, y por consiguiente eran condiscípulos de Jason, á quien tenían en singular estima.

El poderoso Hércules, cuyas espaldas sostuvieron algún tiempo después la bóveda celeste, formaba parte de la valerosa expedición; Cástor y Pólux, los dos hermanos gemelos; Teseo, célebre por la destrucción del Minotauro; Linceo, de vista tan penetrante, que veía claramente lo que había detrás de una piedra de molino, y descubría los tesoros enterrados en lo más profundo de la tierra, y Orfeo, el más distinguido é inspirado músico que se ha conocido, cuya lira resonaba tan armoniosamente, manejada por él, que las mismas fieras se quedaban extáticas, encantadas, oyendo la deliciosa música. Y no sólo encantaba á las fieras, sino que las mismas rocas y las ondas del mar y los árboles del bosque parecían animarse cuando Orfeo tocaba la lira, y tomar parte en el universal regocijo. Ningun músico posterior á aquel distinguido compositor ha logrado maravillar á las gentes de tan singular manera.

(Se continuará.)

NATANIEL HAUTHORNE.

BLASILLO.

(Continuación.)

VI.

De tal suerte arrojó el agua
 Á Ricardo el elefante,
 Con tal rabia, con tal fuerza,
 Que más bien pudo matarle
 Cuando lanzóle del banco

Donde estaba encaramándose.
 Cayó el muchacho de espaldas,
 Se hizo daño en todas partes,
 Y el patio, la casa, el pueblo
 Aturdía con sus ayes.
 Acudió gente solícita,
 Cuando Blasillo, ayudándole,

Calmábale y le animaba
 Para que se levantase,
 Y en cuanto vió que acudian
 Los criados de su padre,
 Entre gritos y sollozos
 Á Blas comenzó á culparle
 De haberle obligado á verse
 En tan apurado trance.
 — Tú quisiste que le diéramos
 De comer al elefante.
 — Es verdad, pero usted quiso
 Con un alfiler picarle.
 — Mentira, no le he picado.
 — Pues ¿por qué quiso vengarse
 De usted?... Yo tengo leído

Que son esos animales
 Sumamente inteligentes,
 Y demasiado bien saben
 Quién es quien no les maltrata
 Y quién el daño les hace.
 En esto, llegando el Conde,
 Quiso saber los detalles
 De aquella nueva aventura,
 Que pudo cara costarle
 Á Ricardo, y, como siempre,
 Á Blas hizo responsable,
 Porque todos sus criados,
 Deseosos de agradarle,
 Acusaron á Blasillo,
 Que en vano fué á disculparse,



Pues con el baston el Conde,
 Irritado amenazándole,
 Si no escapa de allí pronto
 Le da un palo formidable.
 Mas oyóse agudo grito,
 Y luégo una voz suave,
 Voz tan dulce y tan simpática
 Como si fuera de un ángel,
 Que dijo: — Papito mio,
 Blasillo no es el culpable;
 Por la Virgen, no le pegues,
 Por la Virgen, no le mates,
 Que sólo ha sido Ricardo
 El que irritó al elefante,
 Y yo desde mi ventana
 He visto bien este lance:
 Ricardo á Blas atribuye
 Siempre todas las maldades,
 Y las travesuras suyas

Quiere que Blasillo pague.
 Esto no es justo, papá,
 Y es un pecado muy grande.

—
 Así dijo la hermanita,
 Y tranquilizó á su padre,
 Quien llamó al punto á Blasillo,
 Y con tono más afable
 Le reprendió por haber
 Inquietado al elefante,
 Exponiendo así á Ricardo
 Al peligroso percance.
 Calló el prudente Blasillo
 Ante injusticia tan grande;
 Dirigió á su defensora
 Una mirada inefable
 De agradecimiento, y todo
 Lo fué á contar á su padre.

— Mira, Blasillo, le dijo,
Ese chico, ese tunante,
Causa será de que al cabo
Llegue un día que me enfade
Y nos vayamos de aquí
Con la música á otra parte.
El Conde no le corrige,
Y como el muchacho sabe
Que su padre es un padrazo
Y que no ha de castigarle,
Cada día es más travieso...
Dios quiera que en siendo grande

No haga á su padre pagar
Caras las debilidades
Que tiene con él; que siempre
Sufren castigo los padres
Cuando á sus hijos queridos
Educarlos bien no saben.

VII.

Una tarde, el buen Ricardo
Cogió el amable jumento
De los padres de Blasillo,



Y montando en él ligero,
Por el valle y la montaña
Le quiso dar un paseo.
Llegó á sitio donde habia
Un charco largo y estrecho,
Y el burro detuvo el paso
Y quedó como diciendo
Que entrar allí no queria;
Pero Ricardo era terco
Y le dió tales cachetes,
Que el pollino, de ira ciego,
Entró en la balsa de un salto,
Y el salto tan violento
Fué, que el apuesto jinete
Llevó un revolcon tremendo,

Y allí, en el agua estancada,
De cieno quedó cubierto,
Mientras el pollino á escape
Salió por el campo suelto.
Y en tanto el pobre Ricardo
Empezó á sufrir horribles
Dolores; como que estaba
Llenito su frágil cuerpo
De voraces sanguijuelas,
Que hallaban buen alimento
En su sangre. El pobre chico
El grito puso en el cielo,
Y Blasillo oyó sus voces
Y al sitio acudió corriendo.

(Se continuará.)



LOS HERMANOS MAL AVENIDOS.

(Continuacion.)

Conrado, á pesar de su poca vista, penetraba el pensamiento de su hermano, y martillaba entónces sobre las piedras con tanta fuerza, que hacía saltar sus astillas muy léjos.

Veamos, sin embargo, cuál de los dos hermanos era el ménos malo.

Miguel, por su genio alegre y humor festivo, era uno de los hombres más buscados en toda la aldea. ¡Tenía tanto que contar! ¡Sabía tantas historias graciosas!.....

Conrado tenía tambien sus defectos, entre los cuales era el más grave el no querer á su hermano como debia. «¿Cómo está Miguel?», le preguntaban sus vecinos y conocidos, y cada vez que le hacian semejante pregunta solia contestar apretando con las dos manos la garganta, como diciendo que algun dia su hermano sería ahorcado. Siempre daba á todos esta contestacion tan terrible, y muchos se complacian en hácersela repetir, ignorando que de ese modo aumentaban la mal querencia de estos dos desgraciados. En cuanto á Miguel, cuando le hablaban del *pobre diablo*, se limitaba á alzar los hombros con aire de desprecio.

Jamas los dos hermanos se veian juntos: si llegaban por casualidad á encontrarse en alguna casa de la aldea, ó en la de su hermana, uno de ellos salia inmediatamente.

Nadie soñaba en reconciliarlos, y para señalar á dos personas viviendo en continúa enemistad, solian decir á manera de proverbio: «Viven tan amigos como lo están Miguel y Conrado.»

En su casa, si se tropezaban uno con el otro, ni se dirigian la palabra, ni áun se miraban. Cuando uno de los dos estaba enfermo hasta el punto de verse obligado á guardar cama, el otro dirigíase á casa de su hermana, que vivia bastante léjos, y le decia: «Irás cuando puedas á dar una vuelta por la casa, pues sospecho que *él* está enfermo.» Entónces el que gozaba de salud trabajaba muy despacio y sin hacer ruido, por no molestar al otro.

Pero fuera de su casa, y en presencia de los extraños, querian aparecer siempre como dos enemigos de modo que nadie sospechase que existia en su corazon el menor resto de cariño fraternal: tal era la vida de estos dos desventurados hermanos hacía más de catorce años.

Miguel, á pesar de su lucrativo tráfico, habia visto escapar de entre los dedos, no sabía cómo, el dinero que le habia producido la venta de sus dos piezas de tierra, y pensaba ya en vender las que le quedaban: Conrado, por el contrario, comprára á un su vecino, que se habia marcha-

do para América, unos buenos terrenos.

«Entonces vino á Egipto un nuevo Rey.» Así se expresa Moisés en el *Exodo*, cap. I, ver. VIII, y así podían expresarse en aquellos momentos los vecinos de la aldea. Veamos el por qué. El anciano señor cura había muerto, y efecto de sus muchos años no podía cuidarse como lo deseaba de sus feligreses, y todo andaba así, á la gracia de Dios; pero el nuevo cura, que acababa de llegar á la parroquia, era un jóven que, lleno del ardor de su celo apostólico, quería reformar las costumbres malas que se habían introducido á la sombra de la imposibilidad de su antecesor; y efectivamente, iba consiguiendo reformar muchas cosas.

Era un domingo despues de misa: los vecinos de la aldea estaban reunidos y sentados en hileras sobre unas vigas destinadas á la nueva obra que se hacía en la iglesia; Miguel se encontraba allí entretenido en mascar un pedacito de paja; el pequeño hijo de Juan Shacker, que era un muchacho de cinco años, acertó á pasar por delante de toda aquella gente. Uno de los que allí se encontraban, llamándole, le dijo metiendo la mano en el bolsillo: «Oye, Pedro, te he de dar un puñado de nueces si tú quieres imitar á Conrado cuando le hablan de Miguel.» El muchacho no hacía caso, quería marcharse, porque tenía mucho miedo al hermano de Conrado; pero le cogieron, y medio á la fuerza se resolvió á hacer el signo que ya recordaréis,

queridos niños, empleaba aquél cuando le preguntaban por su hermano; este signo fué acogido y celebrado con una risa general, y tan estrepitosa, que se oyó enmedio de la aldea. En seguida el muchacho reclamó las nueces que se le habían prometido, pero no pudieron dárselas porque no las tenían; al verse así burlado pretendió nada ménos que desafiar al que le había engañado, provocando con este hecho otra nueva risa.

Entre tanto el jóven párroco llegaría al fondo de la colina y al punto donde estaban los paisanos reunidos, siendo testigo de todo cuanto había pasado. El muchacho, al verlo, dió en gritar más, exigiendo las nueces ofrecidas, avanzándose á unos y á otros; pero el buen párroco, adelantándose, retiró al muchacho de enmedio de aquella gente, calmando su inquietud con dulces y cariñosas palabras. Los paisanos todos se levantaron y se descubrieron; entonces el párroco, llamando al sacristan, que había distinguido enmedio de los que allí estaban, le rogó lo acompañase hasta la parroquial. En el camino le hizo contar toda la historia que diera motivo á los signos que obligáran á hacer representar al muchacho. De esta manera supo la enemistad que existía entre los dos hermanos, con todas las consecuencias y pormenores.

Al siguiente día, que era un sábado, estaba Conrado entretenido en machacar piedra enmedio del lugar, cuando vinieron á avisarle que el do-

mingo por la mañana, despues de misa, se viese con el párroco. En el momento de oír esto se llenó de admiracion, abriendo los ojos todo cuanto pudo; la pipa se le escapó de entre las manos, y durante algunos segundos olvidóse del grueso guijarro que tenía delante de sí..... ¿Por qué se le llamaba á la rectoral? decía allá para sus adentros. Pero en vano se rompía la cabeza por adivinar la causa que habia motivado aquel aviso.

Igual invitacion recibió Miguel en el momento en que estaba ensebandando á un caballo viejo sus *botas del Domingo* (que así llamaba él la *toilette* de los cascos del caballo). Al oír la noticia se puso á silbar el aire de una cancion que estaba muy en boga entre las gentes del pueblo, pero se detuvo enmedio de ella, pensando de lo que se trataria en la mañana siguiente. Se formaba la ilusion de refutar cumplidamente el sermón que era de esperar, con razones que le parecían concluyentes..... y luégo,

por vía de ensayo, murmuraba en voz muy baja algunos pasajes de su contestacion.

El párroco, en el ofertorio de la misa del día siguiente, que era domingo, explicando el Evangelio según tenía por costumbre, escogió como tema de su discurso las palabras del Salmo 132, que dicen: «¡Oh, cuán buena y cuán dulce cosa es vivir los hermanos en mutua union!» Demostró que no podia haber verdadero placer ni alegría completa si no viviamos en paz con los que habian nacido de una misma madre, compartiendo igualmente los goces y los pesares; les hizo ver que para los padres cuyos hijos están divididos por el ódio, la envidia y la malicia, no podia haber ni dicha en este mundo ni felicidad en el otro; les expuso, por último, el ejemplo de Caín y Abel, y cómo el fratricidio fué el primer fruto envenenado despues del pecado original.

(Se continuará.)

R. SEGARDE CAMPOAMOR.

EL HOMBRE DE LA PIEL DE OSO.

Este era un jóven que sentó plaza en el ejército, y se condujo siempre con gran valor y notable bizarría. Perfectamente vivió mientras duró la guerra, pero cuando ésta se acabó diéronle la licencia absoluta para que se fuera adonde mejor le conviniese

é hiciera lo que se le antojase. Los padres habian muerto, y ya no tenía casa; suplicó á sus hermanos que le recibiesen en la suya hasta que la guerra se reprodujese y volviese al ejército. Pero los hermanos no eran buenos, y le contestaron que no po-

dian hacer nada por él, porque para nada servia, y que buscara manera de vivir por sí. Como el pobre mozo no poseia más que su fusil, le cogió y se fué por esos mundos de Dios.

Llegó á un sitio donde no se veia más que un círculo de árboles. Allí se sentó á la sombra, pensando en su triste suerte.

—Pues señor, decia, como no tengo dinero ni sé ningun oficio que me lo pueda proporcionar, como no sea el de la guerra, ahora que hay paz no sirvo para cosa maldita, y no tengo, por consiguiente, más recurso que el tristísimo de morirme de hambre.

Al mismo tiempo oyó un ruido, levantó los ojos y vió ante él un desconocido, vestido de verde, muy bien vestido por cierto, pero que ofrecia la particularidad de tener por piés y piernas dos patas de caballo.

—Sé lo que te hace falta, dijo el desconocido. ¿No es cierto que te falta dinero?

—Sí, señor; lo ha acertado V., es de lo que estoy más escaso.

—Pues tendrás todo lo que quieras y más, pero ántes tengo que adquirir la evidencia de que no tienes miedo, porque has de saber que no doy nada á los cóbardes.

—Soldado y cobarde no puede ser, dijo el jóven. Ya puede V. poner á prueba mi valor, que yo le juro que he de satisfacerle cumplidamente.

—Pues bien, repuso el hombre verde; mira detras de tí.

Volvió la cabeza el soldado y vió

que venía hácia él, gruñendo de una manera poco tranquilizadora, un oso enorme.

—Ahora verá V., exclamó. ¡Ositos á mí! Verá V. qué buena cuenta doy del oso.

Y apuntándole el fusil disparó, y le dejó muerto en el acto.

—Veo, en efecto, dijo el de lo verde, que no te falta valor; pero áun voy á hacer otras pruebas.

—A todo me comprometo, contestó el soldado, excepto á cosa que pueda impedir mi salvacion eterna.

—Tú juzgarás por tí mismo, replicó aquel singular personaje, que ya habia el soldado advertido que era el diablo ó pariente muy cercano del diablo. Durante siete años, continuó el diablo, no deberás lavarte ni peinarte la barba y el cabello, ni cortarte las uñas, ni hacer tus oraciones. Voy á darte un vestido y una capa, que llevarás durante todo ese tiempo. Si mueres dentro de esos siete años me pertenecerás, y si vives más de los siete años serás libre enteramente, y tendrás más riquezas que puedas apetecer.

El soldado pensó en la extrema miseria en que se hallaba, y consideró que quien tantas veces habia visto la muerte en los campos de batalla, bien podia afrontarla en aquella prueba de los siete años.

—Acepto las proposiciones que usted me hace, dijo al hombre verde.

El diablo se quitó su traje y se lo dió al soldado, diciéndole:

—Mientras lleves este traje, siempre que metas la mano en el bolsi-

llo hallarás un puñado de monedas de oro.

Despues arrancó al oso la piel y se la dió.

— Esta será tu capa, y te servirá tambien de cama, pues no podrás usar otra. Y tu nombre será en adelante Piel de Oso.

Y desapareció el diablo.

El soldado se puso el traje, y metiendo la mano en el bolsillo vió que el diablo no le habia engañado. Echóse al hombro la piel de oso, y se dispuso á recorrer el mundo, dándose muy buena vida y no privándose de nada, puesto que tenía dinero abundante. El primer año áun estaba el hombre presentable; pero el siguiente ya tenía el aspecto de un monstruo. Los cabellos le cubrian casi completamente el rostro; su barba era un enmarañado bosque, y en cuanto las gentes le veia echaban á correr despavoridas como en presencia de una fiera. Sin embargo, como daba limosnas á todo el mundo, y pedia á los pobres que rogasen por él á Dios para que no muriese hasta despues de siete años, y hablaba como un hombre de bien, siempre hallaba quien le diese hospitalidad.

El cuarto año entró en una posada, cuyo dueño no le queria tener ni áun en la cuadra, temeroso de que su presencia espantase á los caballos; pero habiéndole dado Piel de Oso un puñado de monedas cedió al fin, y le metió en un cuarto del corral, á condicion de que no saliera de allí, pues temia que viendo los viajeros semejante monstruo no qui-

sieran volver jamas á su posada.

Una noche estaba Piel de Oso sentado en su cuarto pensando, como siempre, cuándo llegaria el término de los siete años, y oyó que álguien lloraba en una habitacion inmediata. Como tenía buen corazon, abrió la puerta, y vió un viejo que estaba sollozando afligidísimo. Pero al ver entrar al soldado, el hombre, lleno de terror, quiso huir; mas se calmó oyendo que Piel de Oso le hablaba dulcemente, y á fuerza de frases de consuelo y caridad logró el soldado que el anciano le dijese la causa de sus penas. Habia perdido toda su fortuna, y estaba reducido con sus hijas á tal miseria, que, no pudiendo pagar la posada, se veia en inminente peligro de ser llevado á la cárcel.

— Si no tiene V. otro pesar, le dijo Piel de Oso, tranquilícese usted, porque aquí tengo yo dinero bastante para sacar á V. de todos sus apuros.

Y llamó al posadero y le pagó el gasto hecho por el viejo, y dió á éste una buena suma para sus más urgentes necesidades.

El viejo no sabía cómo demostrar su agradecimiento.

— Vén conmigo, le dijo; mis hijas son hermosísimas y buenas; tú elegirás una para esposa. No se negará seguramente á casarse contigo cuando sepa lo que has hecho por su padre. No eres muy guapo que se diga, pero tu alma es buena y hermosa.

Piel de Oso consintió en seguir al viejo; pero cuando la hija mayor vió

el novio que le traía su padre huyó dando gritos de espanto. El mismo recibimiento le hizo la segunda; pero la más joven, mirando tranquilamente al soldado; dijo á su padre:

— Padre mio, este hombre debe de ser muy bueno, puesto que tiene caridad y nos ha socorrido. Tú le has prometido darle una de tus hijas por esposa y debes cumplir tu promesa.

Oyendo estas palabras, Piel de Oso sintió dulcísima, profunda conmoción, y quitándose del dedo un anillo lo partió, dió la mitad á su prometida, y le recomendó que lo guardase cuidadosamente. En la mitad del anillo que dió á la niña puso su nombre, y el de la niña en la otra mitad que él guardó. Después se despidió de ella diciendo:

— Me separo de tí por tres años. Si vuelvo nos casaremos, pero si no vuelvo es que habré muerto, y tú podrás disponer de tu mano. Ruega á Dios que me conserve la vida.

La pobre novia quedó muy triste y no hacía más que llorar, lo cual le valía que sus hermanas constantemente se burlasen de ella creyéndola loca, pues solamente mujer que hubiese perdido la razón entendían que podía querer por marido semejante monstruo.

La niña dejaba decir á sus hermanas todo lo que les parecía propio para mortificarla, y rogaba á Dios protegiese á su prometido.

En cuanto á éste, continuaba recorriendo el mundo, haciendo todo el bien que podía á los pobres, y

siempre encareciéndoles que rogasen á Dios por él.

En fin, cuando llegó el último día de los siete años volvió al sitio donde se le había presentado el diablo. No tardó en aparecer este personaje, y arrojando al soldado su traje le pidió que le devolviera el verde y la piel de oso.

— Antes, dijo el soldado, es preciso que me limpies un poco, porque ya ves cómo vengo.

El diablo, aunque de mala gana, fué á buscar agua, lavó al soldado, le cortó el pelo y las uñas y le afeitó, con lo cual quedó un mozo mucho más gallardo y apuesto que antes lo era.

— No siento más, dijo el diablo, sino que con lo mismo que yo creí que te habías de perder te has salvado.

— A ver, explíqueme V. eso, dijo el soldado.

— Es muy sencillo, repuso el diablo; te dí dinero, que es la perdición de los hombres, y para tí ha sido la salvación.

— Es claro, porque lo he empleado en obras de caridad como lo manda Dios.

Al oír el nombre de Dios, el diablo dió un bufido espantoso, y abriéndose la tierra se lo tragó.

Piel de Oso sintióse aliviado de un gran peso; dió gracias á Dios; dirigióse á la ciudad; compróse un magnífico traje, y fué á casa de su prometida en un coche muy hermoso, tirado por cuatro caballos blancos.

El viejo creyó que era algún gran

magnate, y le recibió con las mayores muestras de respeto en la habitación donde estaban sus hijas. Las dos hermanas mayores le hicieron sentar á su lado, y le sirvieron un delicado refresco. Su prometida estaba enfrente de él, vestida de luto, y sin atreverse á alzar los ojos.

— Vengo, dijo el caballero, á casarme con una de vuestras hijas.

— ¿Con cuál de ellas? preguntó el padre.

El soldado sacó la mitad del anillo, y acercándose á la hermana menor le dijo:

— Yo soy el hombre de la piel de



oso, de quien todos se espantaban, ménos tú, angelical criatura, que comprendiste mi alma. Dios ha permitido que yo deje aquella apariencia de fiera y vuelva á la que siempre tuve, y premió mi constancia, librándome de las garras del diablo y brindándome con un ángel como tú.

Y con esto contó su historia, y dentro de pocos dias se casó con la niña hermosa y modesta, y las dos hermanas mayores, que tanto se habían burlado de ella, se quedaron corridas como unas monas, como lo que eran.

GRIMM.